

Alguien que no pudo ingresar al Colegio porque no salió favorecido en el sorteo, recordaba años más tarde cómo se vivió en su hogar ese revés: “¡Qué día de tristeza para mis padres aquel en que nos dieron la fatal noticia (...)! Mi madre lloraba en silencio, mi padre tenía la cabeza sepultada entre sus manos.”

Nosotros fuimos más afortunados que Domingo Faustino Sarmiento. Aunque seguramente la gran mayoría nos habíamos preparado con esfuerzo para el examen de ingreso, fue el azar finalmente, por decisión de la Universidad de Buenos Aires, lo que determinó que pudiéramos educarnos en el Colegio y no en un instituto de segunda enseñanza.

Como ese acceso aluvional podía acarrear muy diversas formaciones y aptitudes, se creyó conveniente, con singular optimismo, que comenzáramos las clases una semana antes de lo debido, para hacer de esos primeros días un curso introductorio de nivelación.

No podría precisar qué hice la semana pasada –y, según mi mujer, qué me dijo ella hace cinco minutos-, pero recuerdo vívidamente el 4 de marzo de 1974. El sorteo me había arrojado al nascente turno vespertino, que era en verdad un turno tarde algo atrasado: de 15.5 a 20.10, aproximadamente. Compartíamos las primeras horas con el turno tarde y durante las últimas éramos los únicos alumnos que circulaban por el vasto edificio.

¿Qué sucedía en la Argentina en esa jornada iniciática, que habría de marcar un punto de inflexión en nuestras vidas? La Nación destacaba en primera plana que había tiroteos y atentados en Córdoba, que se desconocía el paradero del gobernador Obregón Cano y que el Congreso debatiría la ley de intervención federal a esa provincia presentado por el Poder Ejecutivo. También se daba especial importancia a la entrevista que al día siguiente tendría el dictador rumano, Ceausescu, con el presidente argentino, Juan Domingo Perón.

El tiempo se anunciaba bueno, con temperaturas entre 14 y 18 grados. Como era lunes, mandaba la información futbolística del Torneo Metropolitano: “Boca, fútbol brillante y goles”, era el título que daba cuenta del triunfo del equipo de Alberto J. Armando sobre Argentinos Juniors por 7 a 1. La labor de River era calificada de pobre por su empate con All Boys. Independiente había vencido en La Plata a Estudiantes por 4 a 3, con goles del veterano Pavoni y el juvenil Bochini. Y –lo que constituye una información de indudable valor histórico- se mencionaba un triunfo de Racing, que había derrotado a Gimnasia y Esgrima.

En la cartelera cinematográfica se destacaban “Un toque de distinción”, “Trinity, el Corsario Negro” y “La Banda de los Perros Asaltantes”. En la televisión podía verse a la mañana “La nena” y “Los tres chiflados”, al mediodía previsiblemente “Almorzando con Mirtha Legrand”, a la tarde “Buenas tardes, mucho gusto”, “El túnel del tiempo” o “El agente de Cipol”; a la noche, de 21 a 23 todos los canales

anunciaban un corte de transmisión.

Pero todo esto no era sino el acompañamiento, la guarnición del plato principal, que cualquier lector avezado habría advertido que se hallaba en un suelto de la página 6, bajo el título "Colegio Buenos Aires": "Hoy comenzará en el Colegio Nacional de Buenos Aires el curso de técnicas de aprendizaje para los alumnos que ingresan en primer año, en los horarios de 7.30, 12.45 y 15.5 para los turnos de mañana, tarde y vespertino, respectivamente. Las clases para los cursos de 2º y 5º años comenzarán el 18".

Yo no conocía el Colegio hasta ese momento y al entrar tuve una impresión tan intensa que es difícil de olvidar. Hubo una recorrida inicial por las instalaciones. Quedé impactado por las escaleras de mármol, los claustros, los patios, los gabinetes, el Aula Magna y, sobre todo, la biblioteca, esa biblioteca en la que tantas horas habría de pasar y en la que todas las tardes podía verse leyendo a Gerardo Pagés, el mismo que pasaba a la mañana corriendo a mi lado, con más prisa que yo por llegar antes de que sonara la Aurora, y que, de regreso de sus tareas burocráticas en algún banco, recalaba en el Colegio para conversar con Virgilio o con Horacio, como otros paran en un bar para comentar con los parroquianos las noticias del día.

Después fuimos a las aulas. Me había tocado la división 14. Apareció entonces la profesora Elvira Meyer. Nos dio la bienvenida y nos dijo que, desde ese momento, por pertenecer al Colegio éramos colegas (me asombró esa etimología) y, lo que es más importante, que éramos privilegiados al ocupar esos pupitres, porque recibiríamos una educación de la mejor calidad pagada por todos los argentinos, aún por aquellos que ni remotamente tendrían la oportunidad de ingresar al Colegio ni, en muchos casos, a ninguna otra escuela.

Poco después hubo una elección de delegados de la división. Fabián Pandolfi fue electo delegado y yo, subdelegado. Debe de haber sido la única elección que gané en mi vida, probablemente por el hecho de que no era candidato y de que mis compañeros aún no me conocían bien.

Yo no sabía qué responsabilidades entrañaba esa función. A mis doce años, llegado a las luces del centro desde una modesta escuela barrial, imaginaba que el delegado sería una suerte de monitor, como los manuales escolares de la época denominaban al alumno, generalmente aplicado y algo obsecuente, que siempre se hallaba listo para los mandados que dispusiera el maestro, como conseguirle tizas o borrar el pizarrón.

Un sábado a la mañana advertí que había alguna discordancia entre mi percepción y la realidad. Se convocó a los delegados al microcine. Allí, en medio de banderas, de cantos, de consignas y de un ambiente poco proclive a la obsecuencia y a la aplicación, se discutía la posición que el movimiento estudiantil debía adoptar frente al gobierno nacional.

El turno vespertino fue eliminado al año siguiente y se nos distribuyó entre los

otros dos turnos. Así pasé a la mañana, pero recién en tercer año, mediante una nueva redistribución, habría de encontrar mi ubicación definitiva en la gloriosa Cuarta, a la que me consagré con el fanatismo de los conversos para disimular mi origen foráneo.

En la Cuarta tuve la dicha de hacer amigos perdurables, de esos con los que no se necesita la vecindad ni la frecuentación para saber que el vínculo afectivo permanece inquebrantable.

Me disculparán los amigos de otras divisiones si menciono también el fabuloso desempeño futbolístico de la Cuarta, que desde tercer año ganó gran parte de los torneos internos, pese a un inicio que podía haber generado legítimas dudas cuando el Mono Meilij, después de exigir a viva voz ser el encargado de patear un penal clave, contra el arco que daba espaldas –como habría dicho José María Muñoz- a los vestuarios, pateó la pelota con tal entusiasmo, que, en un anticipo de esas naves espaciales que años después anunciaría un presidente argentino, salió de la atmósfera, se remontó a la estratósfera y nunca más se supo de ella.

Nuestro paso por el Colegio se enmarcó en los años más terribles de la Argentina. La irracionalidad, la barbarie, la violencia, el desprecio de la vida y de la dignidad llegaron a su expresión más aguda en aquellos años. El Colegio, que estuvo siempre, por su ubicación, por su historia, por su pertenencia a la Universidad de Buenos Aires y porque había formado a gran parte de la más encumbrada dirigencia argentina, en el centro de los acontecimientos, no podía permanecer ajeno a los efectos de esa época de oscurantismo.

Sin embargo, muchos de sus profesores lograron transmitirnos el viejo legado. Cada uno de nosotros tiene alguno que, por circunstancias diversas, le dejó una marca particular. Yo quiero rendirle un homenaje a José Luis Moure, que hoy nos acompaña.

Lo tuvimos como profesor en tercer año, en ese 1976 tan ominoso para el país. Me parece increíble, al volver la vista atrás, que él sólo contara entonces con 25 o 26 años. En ese curso de literatura argentina, fue tanto lo que leímos, lo que analizamos y lo que debatimos que parece que hubiera durado varios ciclos escolares. De esas muchas lecturas, la de la obra de Borges, a la que le dedicamos varias semanas, habría de señalar para mí un antes y un después. Puede parecer hiperbólico, pero creo que yo sería otra persona si Borges no me hubiera sido revelado, para decirlo con un giro borgeano, por Moure.

Es esa toda la misión de un educador: despertar el interés, sembrar la semilla de la curiosidad, contagiar el placer del conocimiento. De nada vale el cumplimiento de programas y la proliferación de lo que ahora se llaman contenidos si no se logra tocar alguna fibra de los alumnos que vaya a seguir despierta mucho después de que los exámenes, los títulos y las graduaciones se hayan convertido en pergaminos.

Tenía razón la Meyer. Fuimos privilegiados. Y como todo privilegio conlleva un compromiso, tuve presentes esas palabras cuando alguna vez el entonces Vicerrector del Colegio, Arnoldo Siperman, me propuso ser profesor en esta casa. Si bien, parafraseando a Groucho Marx, yo nunca sería alumno de un colegio que me tuviera a mí como profesor, acepté la oferta con el propósito de devolver algo de esa educación gratuita y de excelencia. No sé si lo logré, pero los cinco años que transcurrí dictando Derecho Constitucional fueron muy gratos para mí.

Es difícil entrar al Colegio, pero es imposible salir. Como Borges, que escribió que en algún sentido nunca había salido de la biblioteca de su padre, tal vez nosotros nunca hayamos salido de esta Manzana de las Luces. No está mal, en una época en la que algunos nunca salen de los countries.

Se ha dicho que a ninguna institución le debe tanto la República. Como descripción de la realidad, la afirmación puede parecer exagerada, pero me gustaría vivir en un país que se fundara sobre esa idea.

Muchas gracias.